

cierta especie no sean por sí mismos actos perniciosos, son causa é instrumentos de otros actos que lo son.

Con razon pues deben ser prohibidos y castigados estos actos; pero nunca deben serlo con la misma pena que el delito principal; porque esto en vez de prevenir los delitos, daría motivo á cometerlos, como lo demuestra Bentham al fin de este capítulo, aunque, ántes estableciendo tres reglas que el legislador debe tener presentes al crear los delitos accesorios, dice que la prohibicion del delito principal debe extenderse á los actos preparatorios, á las simples tentativas, bajo la misma pena; pero *ordinariamente* bajo penas menores que las del delito principal; ¿por qué *ordinariamente*, y no siempre, pues que al hombre que puede optar entre dos delitos, uno mayor que otro, *siempre* debe presentarle la ley un motivo para detenerse en el menor? Y por otra parte: nunca el acto preparatorio, nunca la tentativa del delito puede causar tanto daño como el delito mismo consumado. No digo en esto mas que lo que me ha enseñado el mismo Bentham.

## CAPITULO XVI.

### *Cultura de la benevolencia.*

El principio de la benevolencia es distinto en sí mismo del amor de la reputa-

cion, y cada uno de ellos puede obrar sin el otro. El primero puede ser un sentimiento del instinto, un don de la naturaleza; pero en gran parte es el producto de la cultura, el fruto de la educacion; porque ¿dónde se halla mayor medida de benevolencia, en los ingleses, ó en los irroqueses, en la infancia de la sociedad, ó en la madurez de ella? pero si el sentimiento de benevolencia es susceptible de aumento, como no puede dudarse, es con la ayuda de aquel otro principio del corazon humano, el amor de la reputacion. Si un moralista quiere pintar la benevolencia con las facciones mas amables, y el egoismo y la dureza de corazon con los colores mas odiosos, ¿qué hace para esto? Procura reunir al principio puramente social de la benevolencia, el principio semi-personal y semi-social de la reputacion: procura combinarlos, darles una misma direccion, y armarlos al uno con el otro. Si el éxito corona sus esfuerzos, ¿á cual de los dos principios se deberá atribuir el suceso? Ni al uno ni al otro exclusivamente, sino al concurso recíproco de ámbos: al amor

de la benevolencia como causa inmediata : al amor de la reputacion como causa distante. Un hombre que cede con placer á los dulces acentos del principio social, no sabe ni desea saber que un principio ménos noble es el que le ha dado el primer tono. Tal es la delicadeza melindrosa del mejor elemento de nuestra naturaleza : no quiere deber su origen sino á él mismo , y se avergüenza de toda asociacion extraña.

1º Aumentar la fuerza de los sentimientos de la benevolencia : 2º arreglar la aplicacion de ellos por el principio de la utilidad : hé aquí los dos objetos del legislador.

1º Si quiere inspirar la humanidad á los ciudadanos, es necesario que él mismo les dé el primer ejemplo, y que muestre el mayor respeto, no solamente por la vida de los hombres, sino tambien por todas las circunstancias que influyen en su sensibilidad. Las leyes sanguinarias tienen una tendencia á hacer crueles á los hombres sea por temor, sea por imitacion, ó sea por venganza; pero las leyes

dictadas por un espíritu de dulzura, humanizan las costumbres de una nacion, y el espíritu del gobierno se halla en el de las familias.

El legislador debe prohibir todo lo que puede servir de encaminar á la crueldad. Los espectáculos bárbaros de los gladiadores introducidos en Roma hácia los últimos tiempos de la república, contribuyéron sin duda á dar á los romanos aquella ferocidad que desplegaron en todas sus guerras civiles. Un pueblo que se ha acostumbrado á despreciar la vida humana en sus juegos, ¿la respetará en el furor de las pasiones?

Por la misma razon conviene prohibir toda especie de crueldad con los animales, sea por diversion, ó sea por contentar la glotonería. Los combates de gallos y de toros, la caza de liebres ó de zorras, la pesca, y otras diversiones de la misma especie, suponen necesariamente, ó una falta de reflexion, ó un fondo de inhumanidad, pues que causan á unos entes sensibles los dolores mas vivos, la muerte mas prolongada y mas dolorosa de que se

puede formar idea. Debe ser permitido matar á los animales; pero no atormentarlos. La muerte artificial puede ser ménos dolorosa que la muerte natural, valiéndose de medios sencillos que merecen la pena de estudiarse, y de ser un objeto de la policía; ¿y por qué la ley habia de rehusar su proteccion á ningun ente sensible? Vendrá un tiempo en que la humanidad extienda su manto sobre todo lo que respira: ya se ha empezado á compadecer la suerte de los esclavos, y se acabará mejorando la de los animales que sirven á nuestros trabajos y á nuestras necesidades.

Yo no sé si los legisladores chinos al instituir su ceremonial minucioso han tenido por objeto cultivar la benevolencia, ó solamente mantener la paz y la subordinacion. La civilidad en la China es una especie de culto ó de ritual, que es el grande objeto de la educacion y la ciencia principal. Los movimientos exteriores de aquel pueblo inmenso, siempre arreglados, siempre prescriptos por la etiqueta, son casi tan uniformes como los de un regi-

miento que hace el ejercicio. Esta pantomima de benevolencia puede carecer de realidad, como una devocion recargada de pequeños ejercicios puede estar separada de la moral. Tanta violacion parece acordarse mal con el corazon humano, y estas demostraciones mandadas, no imponen obligacion porque no tienen mérito.

Hay ciertos principios de antipatia que están á veces enlazados en la constitucion política de los estados, y que es muy difícil extirpar. Tales son unas religiones enemigas que excitan á sus partidarios á aborrecerse y perseguirse: las venganzas hereditarias entre familias poderosas: las clases privilegiadas que forman barreras invencibles entre los ciudadanos: las consecuencias de aquellas conquistas despues de las cuales el pueblo conquistador nunca ha podido incorporarse y fundirse en el pueblo conquistado: las animosidades fundadas en injusticias antiguas: los gobiernos facciosos que se elevan por un triunfo y caen por una derrota. En este desgraciado estado los corazones se unen mas veces por la necesidad de aborrecer

que por la de amar, y es necesario descargarlos del temor y de la opresion para restituirlos á la benevolencia.

Destruir las preocupaciones que hacen á los hombres mutuamente enemigos, es uno de los mas grandes servicios que pueden hacerse á la moral.

El viage de Mungo-Park en Africa, ha representado á los negros bajo el aspecto mas interesante: su sencillez, la fuerza de sus afectos domésticos, la pintura de sus costumbres inocentes, han aumentado el interés público en favor de ellos.

Los escritores satíricos enflaquecen este sentimiento: el que haya leído á Voltaire, ¿se sentirá bien dispuesto en favor de los judíos? Si hubiera tenido mas benevolencia con ellos, al exponer el envilecimiento en que se les tiene, hubiera explicado los rasgos ménos favorables de su carácter, y mostrado el remedio al lado del mal.

El mayor golpe que se ha dado á la benevolencia ha venido de las religiones exclusivas, de las que tienen ritos incommunicables, de las que inspiran la intolerancia,

y representan á los incrédulos como infieles y como enemigos de Dios.

En Inglaterra se conoce mejor que en otras partes el arte de excitar la benevolencia por la publicidad que se la dá; ¿se quiere emprender una fundacion, una obra de caridad que exige la concurrencia de muchas personas? Al instante se forma una junta de los bienhechores mas activos y mas distinguidos: el valor de las contribuciones se anuncia en los papeles públicos: los nombres de los subscriptores se publican en ellos diariamente; esta publicidad corresponde á muchos fines: su objeto inmediato es asegurar la entrada y el empleo de los fondos, y al mismo tiempo es un cebo para la vanidad de que se aprovecha la benevolencia.

En los establecimientos de caridad todos los subscriptores anuales son nombrados administradores: la autoridad que ejercen, el pequeño estado que forman, les interesan en su gestion: el hombre se complace en el bien que hace y en gozar del poder que él confiere; y acercando á los bienhechores á la clase de los infelices, y ponién-

dolos á vista de ellos, se fortifica la benevolencia, que se resfría por la distancia del objeto, y se aviva por su presencia.

Hay en Londres mas de estas asociaciones de beneficencia, que conventos habia en Paris.

Muchos de estos establecimientos de caridad tienen objetos particulares, los ciegos, los huérfanos, los estropeados, las viudas, los marineros, los hijos de eclesiásticos, etc. Todo hombre se compadece mas de una especie de miseria que de otra, y su simpatía viene siempre de alguna circunstancia personal. Hay pues mucho arte en diversificar estos establecimientos, y separarlos en muchas ramas para aplicarles todas las especies de sensibilidad, y no perder alguna.

Es extraño que no se haya sacado mas partido de la disposicion de las múgeres, en las cuales es mas fuerte que en los hombres el sentimiento de la compasion. En Francia habia dos instituciones bien adaptadas á este fin: las hermanas de la caridad que se consagraban al servicio de los hospitales; y la sociedad de la caridad

materna en Paris formada de señoras que visitaban á las múgeres pobres en sus preñados, y cuidaban de la primera edad de la infancia <sup>(1)</sup>.

2º Los sentimientos de benevolencia están expuestos á apartarse del principio de la utilidad general, y no se puede conseguir arreglarlos sino por medio de la instruccion: no se manda, no se fuerza; se persuade, se instruye, se enseña poco á poco á los hombres á distinguir los diferentes grados de utilidad, á proporcionar su benevolencia á la extension de su objeto. El modelo mas hermoso de esto se vé trazado en aquel dicho de Fenelon, que pinta su corazon; « yo prefiero mi » familia á mí, mi pátria á mi familia, el » género humano á mi pátria. »

El gobierno se aplicará pues á dirigir en la enseñanza pública los afectos de los ciudadanos hácia este objeto, á reprimir los extravíos de la benevolencia, á hacerles ver su propio interés en el interés general. Se hará que se avergüencen de

(1) Acaba de ser restablecida esta última asociacion.

aquel espíritu de familia, y aquel espíritu de cuerpo que milita contra el amor de la patria, de aquel amor injusto de la patria que se convierte en odio contra las otras naciones: se les disuadirá de ponerse por una compasion mal entendida en el partido de los desertores, de los contrabandistas, y de otros delincuentes que pecan contra el estado: se le desengañará de la falsa idea de que es humanidad favorecer la evasion de un delincuente, procurar la impunidad del delito, fomentar la mendicidad en perjuicio de la industria; se aplicará en fin á dar á todos los sentimientos la propension mas útil al todo, mostrándoles la pequeñez y el peligro de los caprichos, de las antipatías, de aquellos afectos momentáneos, que inclinan la balanza contra la utilidad general y los intereses permanentes.

Cuanto mas se instruye el hombre, tanto mas contrae un espíritu de benevolencia general; porque vé que los intereses de los hombres, se tocan por mas puntos que se repelen. En el comercio los pueblos ignorantes se han tratado como

rivales que no podian elevarse sino sobre las ruinas los unos de los otros. La obra de Adam Smith es un tratado de benevolencia universal; porque hace ver que el comercio es igualmente ventajoso para todas las naciones; que cada una se aprovecha de él á su modo, en proporcion de sus medios naturales; y que los pueblos son asociados, y no rivales en la grande empresa social.

#### COMENTARIO.

Cuanto mas benéficos sean los hombres, tanto mas odio tendrán al delito que causa un mal; y así aumentar la beneficencia es un medio de prevenir los delitos; medio que será mas eficaz, si, á la benevolencia, que puede ser un sentimiento de instinto, un don puro de la naturaleza, se une el amor de la reputacion. Hacer pues que un hombre gane consideracion y respeto ejerciendo actos benéficos, es fomentar la beneficencia; y por esto conviene que se dé la mayor publicidad á los actos de benevolencia, y á los nombres de sus autores, imitando en este punto lo que se hace en Inglaterra. ¿Cuánto bien no causan en aquel pueblo aquellas subscripciones de que continuamente nos hablan

sus gacetas? Aumentar pues la fuerza de los sentimientos de beneficencia, y arreglar la aplicacion de ellos por el principio de la utilidad, son en este punto los dos objetos que debe proponerse el legislador.

Conseguirá en parte el primero dando el ejemplo, y prohibiendo todos los espectáculos que pueden conducir á la crueldad, como las penas sanguinarias, los combates de toros y de gallos. No puede igualmente prohibirse la caza; porque segun en otra parte nos ha dicho Bentham, es licito exterminar á los animales nocivos, como los lobos y los zorros, y matar á los que nos sirven de alimento, como las perdices y las liebres, y sin la caza ni uno ni otro se lograria, porque la zorra y la liebre no vendrian á presentarse por si mismas al cuchillo: si no se persiguiera y matara por medio de la caza á los animales nocivos, se multiplicarian de modo que exterminarian á los animales útiles, y arian inhabitales para el hombre ciertos paises. Sin embargo, deberia prohibirse cierta caza demasiado sanguinaria, como cualquiera acto de crueldad gratuita contra los animales; y sería bueno con efecto que la ley extendiera su proteccion á todos los seres sensibles.

Extinguir los principios de antipatia contrarios á los principios de benevolencia, contribuirá tambien mucho á aumentar la fuerza de esta y á extenderla: y es asimismo muy conveniente variar cuanto se pueda los estableci-

mientos de beneficencia para que cada uno pueda hacer el bien á su modo y segun su inclinacion particular: unos se compadecen de los locos, otros de los niños espósitos, otros de los presos, otros de los viejos, otros de los enfermos, etc.

El 2.º objeto del legislador, hemos dicho que debe ser arreglar la aplicacion de los sentimientos de beneficencia por el principio de la utilidad general, es decir, dirigirlos hácia objetos verdaderamente útiles; pero esto no se consigue con leyes, sino por medio de la educacion. Qué se enseñe á los hombres desde su infancia en las escuelas y en los templos, que el objeto de la verdadera beneficencia es la utilidad general, que las fundaciones llamadas piadosas, que fomentan la mendicidad y la holgazaneria, haciendo que el hombre aplicado é industrioso trabaje para el perezoso, son verdaderamente fundaciones impias y un mal para la sociedad: que salvar á un delincuente, ocultando la verdad por favorecerle, ó protegiendo su evasion, es hacerse cómplice de él, y enemigo de los demas hombres en vez de ser un acto de beneficencia: que el ponderado amor de la patria, si es exclusivo y se convierte en odio contra las demas naciones, está muy lejos de ser un sentimiento virtuoso; y en fin, que la beneficencia bien entendida se extiende á todos los hombres, y no se ciñe á los individuos de una corporacion, de una familia ó de un estado.